

EL HUMANISMO DE FRANCISCO DE MIRANDA

Efraín Subero (*)

En la segunda mitad del siglo XIV aparecen, plenamente identificados los humanistas, imbuidos e inspirados por el pensamiento grecorromano.

Se trata del **Humanismo Clásico** y estos son los testimonios que consagran a Francisco de Miranda como militante de la selecta escuela. Porque Miranda entiende el Humanismo como "ideal humano". Naturalmente, al proliferar los ideales humanos, proliferan también los humanismos aunque los aglutine el carácter fundamental social del ser humano. Imprescindible mención de William James por cuanto fue quien pudo por fin erigir una definición incuestionable: "El Humanismo se esfuerza por saber lo que se alcance a saber". Miranda es humanista adelantándose a los lineamientos intelectuales y pragmáticos de James. Fue humanista hasta en el hecho coincidental o no que se evidencie su reiterada preferencia por Virgilio y Cicerón a quien el pedagogo Vegio, en la primera mitad del siglo XV, recomendaba como los libros primeros que deberían leerse.

Francisco de Miranda plantea, a quien se acerque al proceso sociohistórico de Latinoamérica, un sugestivo problema de cultura.

Por supuesto, la azarosa existencia de nuestros pueblos, naturalmente lo es; pero no se puede, sin cometer un disparate metodológico y estético, desligar uno de otro. Entre nosotros, el suceder individual de relieve siempre constituye al mismo tiempo un suceder colectivo. Debido al transcurrir generacional los pueblos permanecen. Pero es así porque hombres excepcionales los han hecho. Por ello, ciudadanos de doble ciudadanía por cuanto somos continentales y nacionales, son los hombres quienes todavía hacen nuestras instituciones, y no al revés, como debiera ser.

(*) Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Sillón Letra "I".

El humanismo de Francisco de Miranda no se queda -por importante que ello sea- en la acumulación y el manejo de saberes clásicos. Su insaciable voracidad de múltiples facetas, no logra que egoístamente se quede en él (ésta es la forma peor de la erudición) sino que los prodiga. Ya él en su archivo cuya conservación le costó tantos desvelos, lo señala.

Escribir es una forma de darse. Recibir es una forma de enriquecerse. Ate-sorar para abrir las manos enseñando lo que contiene, es una forma de compartirse. Por lo demás, Miranda no hizo otra cosa que permanecer fiel a la concepción pedagógica que con tanto acierto señalara Goethe después de él: “Un poeta dramático que comprende su misión debe trabajar incesantemente en la elevación de su alma, para que el efecto que sus obras producen en el público sea noble y benéfico. Que no estudia a sus competidores contemporáneos, sino a sus grandes antecesores, cuyas obras conservaron a través de los siglos el mismo valor y el mismo prestigio. Un hombre capaz de veras sentirá por naturaleza esta necesidad, y el afán del trato con los grandes predecesores es, por cierto, la característica de los hombres eminentes. Estúdiense a Molière, a Shakespeare; más, ante todo, a los antiguos griegos, y siempre a los griegos”.

Pero Miranda es tan moderno en su concepción humanística que puede ejemplificar la definición del insigne Maestro venezolano Luis Beltrán Guerrero: “La universal preocupación por ver, comprender, sentir, amar y saberlo todo, caracteriza al humanista”.

Hablar de Francisco de Miranda es enfrentarse a la infinitud. En cierto sentido es empequeñecerse y atemorizarse.

Todos los que se han atrevido a contemplar e interpretar su oceánica vida de apenas 66 años -no se olvide- han debido sentir esta correosa sensación de humildad.

No hay un solo tomo de **Colombeia**, admirable colección mirandina coordinada con sabiduría ejemplar por Josefina Rodríguez de Alonso, en el que no haya un testimonio de su permanente interés por los libros y bibliotecas. Precisamente, es Josefina Rodríguez de Alonso en su importantísimo libro **El Siglo de las Luces visto por Francisco de Miranda** quien realiza una exacta apreciación global:

“Sus diarios de viaje, que comprenden los apuntes tomados durante cuatro años que recorrió Europa y los dieciocho meses que pasó en Estados Unidos a raíz de su independencia, constituyen una preciosa e inagotable fuente de información sobre esa sociedad cosmopolita del Siglo de la Ilustración, que será profundamente transformada en 1789.

Sus observaciones, exactas y de una meticulosidad sorprendente, abarcan toda clase de acontecimientos y de personajes, las tendencias artísticas, políticas, literarias y científicas de la época, las costumbres, la vida cotidiana, los medios de transporte, el paisaje... Miranda es, sin duda, el único viajero del siglo XVIII que ha levantado un inventario tan completo de la Europa prerevolucionaria, dejando de ella una semblanza tan precisa y minuciosa. Además, él no se limita a la sola función de narrador, también enjuicia y opina, con sincera espontaneidad, todo lo que ve y todo lo que presencia. Me atrevo a afirmar, que el caraqueño Francisco de Miranda es el memorialista más completo de la Europa de su época”.

Y páginas adelante:

“Dominando a fondo el latín y el griego, dispone de una sólida cultura clásica adquirida en la Universidad de Caracas. Pero, por el momento, lo que despierta su interés es el pensamiento filosófico y las corrientes artísticas contemporáneas.

Desde entonces se dedica por entero a su pasión por la lectura, pasión que lo acompañará hasta la muerte, y hará de él, criollo americano, uno de los representantes más cultos de ese mundo sin fronteras del Siglo de las Luces”.

Recuérdese que es la Universidad de Caracas a la que mediante decisión testamentaria, por agradecimiento a esa alta Casa de Estudios, a la que dona sus libros, en dos ocasiones.

Una rápida ojeada por el archivo mirandino puede servir de base a nuestro asombro. Se lleva sus libros de Caracas de donde se marcha asfixiado por el ambiente colonial. Pero tan pronto llega a Madrid en 1771 elabora una detallada “Lista” de los que adquiere. En ella anota, entre muchas otras las obras de Pope. El “Parnaso español”, las “Misceláneas de Literatura y de Historia” por D’Alembert. Para que no se le olvide escribe que “La Librería Italiana tiene una relación de los libros y trabajos de los mejores autores de Italia, etc., por J. Barreti. En Londres”. Y solo tiene 20 años.

En la Habana donde reside en 1782 su “Cuaderno de Equipajes” incluye además de finos muebles y vajillas, una colección de 1.500 libros junto a notas de música impresa para flauta travesera, música manuscrita y un año después - 1783- destaca algunos libros en los que están Salustio, Ovidio, los ensayos de Hume, las obras de Maquiavelo, los ensayos de Locke, las “Cartas” de Lord Chesterfield, títulos de Platón, de Milton, la “Epístola” de Plinio. En 1784 está

en los Estado Unidos. Su correspondencia particular está llena de testimonios liberescos. Citemos algunos:

De la señora Montgomery a Miranda

La señora Montgomery devuelve al coronel Miranda dos de sus libros con sus mejores saludos. Se ha enamorado profundamente del tercer Helvecio y no puede concebir separase de él. No obstante, como compensación, deja una historia de la última guerra en América, -escrita por un oficial que fue testigo de lo que escribió en la casa de su madre en Queen Street-, y, si el coronel Miranda le hiciere el favor de aceptarlo a cambio del otro, ella concluirá que él le ha perdonado la libertad que se ha tomado.

De Miranda a la señora Montgomery (1784)

El coronel de Miranda saluda muy respetuosamente a la señora Montgomery. Le agradece mucho el libro que le dejó, cuyo regalo valioso será guardado por el coronel como el más precioso monumento de su amistad y benevolencia.

Si hubiera guardado, señora, los demás pequeños libros míos que tenía, me hubiese agradado más aún, y no podían estar mejor empleados que a su servicio. Puesto que la Filosofía de la Naturaleza ha merecido ya su aprobación y estima, tendré el honor (si V. Me lo permite) de proporcionarle el resto de la obra y enviársela en la primera ocasión. Nada podrá halagarme más que recibir sus órdenes o noticias en cualquier parte del mundo que yo pueda estar...

De Mary Walton a Miranda

Martes por la mañana, 6 de abril de 1784

Señor:

Le hago llegar hoy la obra del señor Rousseau, dándole mil gracias por haberme permitido la lectura de este libro inimitable. Lo he leído con mucha atención para retener, aunque sea algo, de sus acertadas ideas sobre la música. Pero necesito, señor, una memoria tan buena como la suya, para acordarme de todas las bellezas que se encuentran en este libro.

Soy, señor, etc., etc.

Mary Walton.

Señor Coronel de Miranda.
Su Casa.

Grecia 1786.

Visitamos la biblioteca de Strahow, de los Premonstratenses, que es una institución de unos 107 monjes, muy bien situadas sobre una altura al norte de la ciudad, desde la cual domina una amplia vista; tiene jardines grandes y es en realidad un palacio. Aquí viven a cuerpo de rey, y gente de todas las categorías los tratan con respeto. Son, en verdad, las personas más corteses que hayamos encontrado. Esta biblioteca distribuida en una vasta sala es bien proporcionada y decorada con frescos por un monje llamado Nosetkeseki y contiene 50.000 volúmenes para uso del convento. Un monje complaciente y agradable nos llevó a la capilla.

Regresamos a la biblioteca, donde el señor Bertolotti nos enseñó varios libros viejos españoles del siglo XV y el extraordinario manuscrito original de Johannis Zizka, titulado: "Constitutio Militatum Confaederatum anno 1423". Es un viejo manuscrito de la época de la revolución; el margen está adornado con pinturas emblemáticas de su contenido. En una hoja están los bustos de los tres personajes principales que produjeron la revolución de los principios religiosos que despertaron a la humanidad de aquel estado de inactividad estúpida que el fanatismo y la superstición no fallan nunca en imponer. Wyclif, de Oxford, está representado haciendo fuego con un pedernal. Juan Huss enciende una vela con la chispa y el famoso Lutero anda con paso majestuoso llevando una antorcha flameante. Jerónimo de Praga no aparece, a pesar de que cuando era estudiante en Oxford, le impresionaron los principios y las doctrinas de Wyclif. Las trajo de Praga, y aquí Huss se lanzó contra la doctrina original y Lutero y Calvino atacaron la autoridad papista. Lejanas naciones se han beneficiado considerablemente de sus éxitos, pero es curioso observar que en el propio sitio, donde los principios liberales de la religión cristiana brillaron por primera vez e iluminaron a toda Europa, se conserve aún con temor reverencial, toda la maquinaria del papismo y de su ciega superstición. En el famoso puente hay unas treinta estatuas de santos, de cuerpo entero, y un crucifijo de bronce, y toda colina y cruce de caminos está arreglado para apoyar el sistema de la iglesia.

De aquí fuimos a la iglesia de Bethlem, donde el famoso Huss atacó por primera vez los principios de la religión cristiana; es de antigua arquitectura

gótica y tiene una gran pila consagrada. Aún le quedan bastantes cuadros buenos e imágenes.

Italia. 1786.

31de Enero. Un recuerdo emotivo para Cicerón.

Con la imaginación llena toda la noche de cuantos hechos sublimes presenta la historia romana y particularmente de los ocurridos en la vida de Cicerón, me levanté temprano para ir al célebre Forum Romanum, donde se juntaban el Senado y las Asambleas del pueblo y donde este grande hombre tantas veces desplegaba los resortes de su elocuencia en las arengas inmortales suyas que nos quedan.

San Pedro me agrada más cuanto más lo veo y así es preciso verlo muchas veces más.

1787. Rusia. 23 de Enero.

Kherson. “Temprano a recoger libros y formar equipaje”.

1787. Suecia. Upsala.

Llegamos a casa a las ocho y vino el señor Göttlin, adjunto al vice-bibliotecario, y el señor Boberg, amanuense de la biblioteca, que nos acompañaron. Primero a la Academia, en la biblioteca donde observamos, primero el gabinete de Ausburgo, que la ciudad presentó al Rey Gustavo Adolfo y que su hija Cristina dejó a La Gardie, su favorito, y Carlos XI a la Universidad. Esta es una colección de infinitas piezas y pinturas, incrustados, obras de marfil meritísimas, etc.; un órgano y multitud de cosas. Una obra por Pasirius, en que ya hay una perfecta colección de tres volúmenes in folio, de Roma, de vasos etruscos. El Codex Argenteus -porque está impreso en caracteres de plata o plateados- que contiene los cuatro evangelios escritos en el siglo IV por el obispo Ulfilas. El Edda o Introducción a la poesía de Islandia, por Sturluson, primer historiador que existía en el siglo XIII, manuscrito; primer libro impreso en Suecia por Snell, en 1483. El diario de Erico XIV, parte en latín, en 1566. Los Elementos de Euclides, en árabe, manuscrito. El Alcorán, manuscrito. Una Biblia con una adjunta del puño y firma de Lutero e ídem de Melanchton y de Juan Bugenhagen. Libro en hojas de palma en lengua malabar. Un cuadro que representa perfectamente el templo de la Meca por el profesor Eneman, que Picar ha copiado. Una colección de manuscritos y libros árabes de 225 volúmenes, por el señor Sturchenbeker, capellán en Consple. Número de to-

mos en las tres salas: 40.000 volúmenes. El busto de Gustavo Adolfo, fundador de la biblioteca, está en una de dichas salas y el de Carlos XI en la otra. Gabinete de 3.000 medallas.

1787. Noruega. Oslo.

Luego entramos en la galería de cuadros, donde sobre todo noté un San Pedro en la prisión confortado por un ángel, del Guido. El ángel no es cosa, mas la cabeza del apóstol es de los sublime como jamás compuso este artista. Un sátiro de Rubens, un Poussin y un Adán y Eva de Van der Werff, son buenísimos cuadros. Un retrato de Carranza, fraile dominico español, confesor de Carlos V, que la inquisición sacrificó después, por Rubens, es muy bueno y que no había yo visto hasta ahora. ¡Qué papada y cerviguillo tiene el buen fraile!

Di una vista a la biblioteca solamente, que contendrá como ocho mil volúmenes, pues hace buen tiempo, que aquí es cosa muy rara, por ahora, y Elliot me hizo traer un caballo para ir juntos a dar un paseo.

1787. Dinamarca. Copenhague.

11 de enero

En casa leyendo “cartas sobre Dinamarca”, que más parece un panegírico del gobierno que relación instructiva del estado del país... Me han informado algunos instruidos aquí que no es más que una contraposición de la “Relación sobre Dinamarca” del ministro de Inglaterra aquí, lord Molesworth, que Elliot me ha prestado para leer. En mi cuarto he tomado un bocado y dedicado todo el día a leer, pues hace un tiempo humidísimo y una niebla que no permite ver un objeto a seis pasos de distancia... Luego a las tres y cuarto ya es de noche, y a las nueve de la mañana apenas se ve el día, con que se puede decir muy bien que en esta estación vivimos aquí en tinieblas, que la espesa niebla hace más densas.

12 de enero

También en casa leyendo, pues el tiempo es el mismo que llevo descrito anteriormente, y casi privados enteramente de la luz del día. He leído milord Molesworth, cuya relación está escrita con sumo solidez, concisión y buen

gusto, y según puedo ver hasta aquí, la pintura idéntica, considerando una ligerísima alteración del período en que escribió, mas mucho menor aún de los que debía esperarse. Mucho me ha gustado esta lectura.

15 de enero

En casa leyendo la “Descripción de las piedras grabadas del difunto barón Scotch”, del abate Winckelmann, en cuya descripción manifiesta su genio y profunda erudición tanto como en su “Historia del Arte”. ¡Con qué orden y método admirable nos explica por estos pequeñísimos monumentos la mitología, la fábula, la historia, los progresos y la perfección del arte de la antigüedad! Si no hubiesen quedado más restos, deberíamos contentarnos y dar mil gracias a Winckelmann que supo leerlos y explicárnoslos. Cuando, hablando de la Leda...

17 de enero

Vino mi moza la criada a las ocho, se metió en la cama y estuvimos allí hasta la diez y media, que le di su taza de té con tres rixdalers y se fue tan contenta. He estado leyendo el “Voyage Pittoresque de la Grèce”, por el señor Choiseul, que no había podido leer hasta ahora. El prefacio es interesante; la alegoría del frontispicio felizmente compuesta: “Pasajero, anda y di a Lacedemonia que hemos muerto aquí por obedecer a sus leyes”, que Simónides inscribió en Termópilas, y el “Exoriare aliquis” son muy bien adaptados al asunto. El pasaje con el soldado albanés que le respondió que “por todo el oro del mundo no permitiría dejar copiar así su figura -queriéndose retratar- y que él quedaría bien pasmado cuando el día del juicio todos los hombrecillos que su lápiz producía ahora viniesen a pedirle sus almas”, idéntico rasgo.

El carácter de Aspasia de Mileto, que daba consejos o enseñaba a Pericles la política y a Sócrates la filosofía, es sorprendente, etc., mas hallo que el autor no nos dice una palabra de los monumentos más interesante de la Grecia y sí de los parajes más áridos y menos famosos; es de esperar que en su continuación enmiende esta falta.

1788. Holanda. Amsterdam.

“Libros comprados a D.J. Changuion”. Algunos títulos de la lista que elaboró el 20 de mayo: “Vida de Espinoza”, “Vida de Voltaire”, “Antigüedades romanas”, “Historia del Arte Antiguo por Winckelmann”, “Libros comprados

a Gabriel Dufour”, otra lista del mismo día: Montaigne, Boileau, “GilBlas”. Los mismos son enviados a Londres. 21 de mayo: “Por la mañana en casa escribiendo este diario y remitiendo, por mano del señor Hubbard y del señor Staphorst, un cajón con mis libros al señor Waddington en Londres”.

Adquiere también la edición monumental de las obras de Voltaire impresas en Kehl (Alemania) por el escritor y autor dramático francés Beaumarchais, entre 1783 y 1790.

1788. Suiza. Ginebra.

El 18 de noviembre elabora una “Lista” con los libros enviados desde allí. Allí están “La nueva Eloisa”, “Las geórgicas” de Virgilio, “Dafnis y Cloe” y las cartas de Winckelmann en tres volúmenes.

1790. Inglaterra. Londres.

Visita una casa de campo en Hollwood, condado de Kent. Anota en su **Diario**: “Observé en el cuarto, sobre la chimenea y encima de una mesa, los libros siguientes: Los Estados Generales, Las cuitas de Werther, Anales del Parlamento, Eurípides, las Obras de S. Johnson. Que no es mala mezcla, y creo era cuanto había en libros”.

El 14 de febrero del mismo año le dirige su primera propuesta al Primer Ministro William Pitt que constituye un lucido análisis visionario de la realidad hispanoamericana. La encabeza así:

“La América Española desea que la Inglaterra le ayude a sacudir la opresión infame en que la tiene constituida, negando a sus naturales de todas clases, el que puedan obtener empleos militares, civiles o eclesiásticos de alguna consideración y confiriéndolos sólo a españoles europeos de baja esfera por lo general, que vienen allí únicamente para enriquecerse, ultrajar y oprimir los infelices habitantes, con una rapacidad increíble, prohibiendo aún a la nobleza americana el que pase a España ni a ningún otro país extranjero, sin licencia particular del Rey, que rarísimamente se concede, verificándose así el tenerlos aprisionados sin causa, ni motivo alguno, y lo que es más aún, oprimir también el entendimiento con el infame tribunal de la Inquisición, que prohíbe cuantos libros o publicación útil parezca capaz de ilustrar el entendi-

miento humano, que así procuran degradar, haciéndole supersticioso, humilde y despreciable, por pura crasa ignorancia”.

Y añade de su puño y letra, la siguiente nota:

“Los Escitas, dice Herodoto, sacan los ojos a sus esclavos para que batan con paciencia la leche, que es su nutrimento ordinario (Lib. 4º). Mas la España, refinando aún la crueldad, les saca, por decirlo así, los ojos del entendimiento a los americanos para tenerlos más sujetos”.

Miranda y los libros. En su documentada biografía mirandina, el académico venezolano Tomás Polanco Alcántara cita el fragmento de una carta del prócer a John Turnbull, del 11 de julio de 1807. En ella escribe:

“Nada puede ser más desagradable para mí que saber que uno solo de mis libros ha sido removido de mi casa. Pensar en esa posibilidad hiere realmente mis sentimientos”.

Miranda humanista. Miranda y los libros. Destacados autores abordan este importante aspecto de la múltiple personalidad de este venezolano universal. Miranda inicia y Bello continúa una característica del intelectual nuestro que se mantiene hasta hoy: la prodigiosa diversidad. Y en lo versátil hallo una de las más importantes características del ser hispanoamericano.

Permitan que reúna en haz de referencias indispensables lo que dicen algunos estudiosos de Miranda humanista y Miranda y los libros. Por razones metodológicas sistematizo en orden cronológico para que predomine lo generacional.

William Spence Robertson (1872-1955): La vida de Miranda:

Como ya dijimos, Miranda manifestó desde muy temprano su afición por los libros. Un inventario de sus bienes que se hizo en la Habana, el 12 de febrero de 1783, enumeraba cerca de cuatrocientos cincuenta volúmenes. En la lista figuraban algunas obras de ingeniería, historia y matemáticas, además de buen número de libros de política y literatura. Es posible que le interesaran especialmente los siguientes clásicos: los *Comentarios sobre las leyes de Inglaterra*, de BLACKSTONE; la *Riqueza de la Naciones*, de Smith y los *Comentarios sobre la guerra de las Galias*, de Julio César. Entre las obras francesas se encontraban las *Memorias* y los *Reglamentos prusianos* de MONTECUCULI. En el curso de sus viajes, Miranda envió a Londres desde Francia, Holanda, Rusia y Suiza, cajones abarrotados de publicaciones sobre la vida e historia de los paí-

ses que visitara. Es probable que adquiriera algunos de los tratados que le recomendó el doctor Thomas Christie, quien le hizo una lista de libros “Considerados susceptibles de formar una biblioteca médica suficientemente completa para un caballero particular que no ejerce la profesión”. En 1802, un cargamento de libros enviado a Miranda desde París, y que pesaba tres toneladas, estuvo detenido en una aduana inglesa, a la espera del pago de derechos de entrada que sumaban doscientas cincuenta libras esterlinas.

Hurgando en pequeñas librerías de viejo de Londres, el venezolano consiguió enriquecer ampliamente su biblioteca. En verdad, se convirtió en bibliófilo: su colección ha de haber sido de las más bellas bibliotecas particulares de la capital inglesa. Entre los volúmenes que, se presume, poseía cuando se mudó a Grafton Street, se contaban la *Lista de damas de Covent Garden*, de HARRIS; Las obras de ROUSSEAU; la *Historia Antigua*, de ROLLIN; la *Vida de Catalina II*, de TOOKE; el *Ensayo sobre la fisonomía* de LAVATER y el *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales*. En 1805, Miranda había preparado un catálogo de su biblioteca. Es probable que ya en esa época tuviera en su poder una “Hermosa colección de libros españoles, referentes, particularmente, a las Américas del Norte y del Sur”.

Por otra parte, en 1807, un abogado calculó que Miranda debía a varios libreros de Londres un total de cinco mil libras!. Enterado, durante su estada en Trinidad, de que se había proyectado poner bajo secuestro una parte de su biblioteca, como garantía para los libreros a quienes debía dinero, Miranda se consideró herido en sus sentimientos y apeló en esta forma a amigos ingleses, para evitar esa medida:

“Es mi deseo que se pague inmediatamente la cuenta de Dulau con el dinero que pueda deberme la Tesorería, ya que nada podría serme más desagradable que la salida de uno solo de mis libros de mi casa, realmente, me causa dolor pensar en ello”.

Aunque la magnífica colección de Miranda se ha dispersado desde hace muchos años, entre sus manuscritos se encuentran aún folletos raros y pasquines obscenos que revelan la diversidad de las cosas por las cuales se interesaba, y sugieren también sus vicios. Pocas indicaciones al respecto. Un panfleto anónimo titulado *Quiésce: Conseils d'un philosophe a Marc Aurele* lleva este comentario del venezolano: “Excelente y sabio tratadito”. Un ejemplar de *Reglas y Artículos para el mejor gobierno de las tropas enganchadas, o que serán enganchadas, y puestas a sueldo por, y a expensas de, los Estados Unidos de América*, tiene la siguiente nota escrita de puño y letra de Miranda: “Obsequiado por el barón Stuben en su retiro, cerca de Nueva York, en el año 1784”. Entre papeles concernientes a Francia, el revolucionario guardó no sólo el *Cahier d'Auvergne* sino también una copia de la *Marche des marseillois, chantée sur differens*

théâtres. En San Petersburgo adquirió un libro titulado *Etat de Russie*. Otro documento raro es una traducción del francés al castellano de la *Lettre aux Espagnols Américains* de VIZCARDO, que el promotor de revoluciones hizo para distribuirla en América hispana.

Miranda guardaba sus libros en la biblioteca del frente de su casa de Grafton Street. Muy pronto inundaron esa habitación. Bajo su vigilancia inmediata estaban los documentos raros que había llevado de América a Europa, así como sus diarios, cartas, volantes y memorándum de viajes y negociaciones. Parece que, cuando no estaba en su casa, encerraba esos papeles bajo llave. Como complemento de esta maravillosa colección de obras de consulta, tenía varios mapas y planos que había reunido durante sus peregrinaciones americanas y europeas. También compró mapas de cartógrafos ingleses. En cierta oportunidad, William Faden, geógrafo del rey, cobró a Miranda unas sesenta libras por una colección de cartas hechas por encargo y entregadas en su residencia.

En sus ratos de ocio, cuando no estaba importunando a los estadistas, esbozando planes o recibiendo a conspiradores amigos, dedicaba un tiempo considerable al estudio de la historia y la política, el arte militar y las lenguas, vivas o muertas. Como consecuencia de sus viajes y sus lecturas allá por el año 1790, ya tenía ciertos conocimientos de inglés, francés e italiano. Posteriormente, se empeñó en dominar otros idiomas europeos. Entre los papeles referentes a su estada en Francia se encuentra con fecha 30 de febrero de 1795 un manual de la lengua alemana que había empezado a estudiar. No sabemos qué progresos pudo haber hecho en el estudio de los clásicos mientras concurrió a la Universidad de Caracas, pero el hecho es que, hombre ya, reveló a menudo estar familiarizado con los autores latinos. Después de radicarse en Londres, empezó a aprender el griego. En su diario, con fecha 19 de julio de 1801, escribió Miranda la siguiente nota: "En casa, estudiando mi griego, que me da infinito placer".

Empero, fue un docto diletante. Aunque sus conocimientos lingüísticos eran vastos, carecían de precisión. Entre traducciones de sus cartas, que Miranda gustaba adornar con citas de autores clásicos y modernos, el hábil traductor puso la siguiente nota a una cita latina atribuida a "Esopo": "Copiado fielmente. Como varios errores similares se encuentran en las citas latinas de Miranda, existen todos los motivos de suponer que no deben atribuirse al transcriptor". Mas esta crítica no debe tomarse muy seriamente, porque en varias épocas de su carrera, Miranda empleó a un secretario cuya caligrafía italiana es difícil de distinguir de la del venezolano. Además entre sus voluminosos papeles solía incluir planos y memorias sin firma que habían compuesto, en parte o íntegramente, otras personas. Procedía así sin indicar siempre claramente cuáles eran las partes de los documentos en cuya preparación había

intervenido. Además, al transcurrir los años, mejoró constantemente su conocimiento del idioma inglés.

Como ilustración de los métodos de Miranda, publicamos la siguiente carta de un inglés llamado Jenkins, que en cierta época le sirvió de escriba:

“Mr. Jenkins presenta sus saludos al coronel de Miranda y le asegura que respetará profundamente el secreto del Trabajo que se la ha confiado. Lamenta encontrarlo sumamente defectuoso en cuanto al Sentido en algunas partes, y muy generalmente, en cuanto a la puntuación. Muchas de las frases están cortadas en diferentes párrafos, lo cual no puede remediarse del todo sin una copia enteramente nueva. Mr. J. Hará, sin embargo, todo lo que pueda para completarlo en la medida de lo posible.”

Cuando dispuso de tiempo, Miranda renovó sus relaciones con personas interesadas en las letras. El 8 de octubre de 1803, el general Melville le escribió para pedirle prestada “una valiosísima obra sobre imprenta antigua, por Mr. Turnbull”. Miranda trabó también íntima relación con el doctor William Thompson, que escribía con frecuencia artículos concernientes a la *Historia de Europa* en el *Annual Register*. El 10 de diciembre de 1708, Thompson sometió al revolucionario un manuscrito referente a los acontecimientos de 1793 en Francia, pidiéndole que lo corrigiera y completara. El 10 de septiembre de 1799, este autor volvió a escribirle diciendo: “Deseo que me sea posible someter a su inspección los años siguientes. Sus Sentimientos tiene una Claridad y una Fuerza que impresiona a la Imaginación y convence al Entendimiento”. El 16 de mayo de 1800, Thompson pidió a Miranda informaciones sobre su encarcelamiento en París, y el 30 de septiembre le preguntó por su panfleto de 1795, en que Miranda proponía la reorganización de Francia. Como consecuencia de una conversación que tuvo con el general, el 20 de febrero de 1804, dicho activo erudito sometió al venezolano, para que lo corrigiera, un estudio sobre arte militar moderno, basado en una conversación sostenida con el general.

Al enviarle ese trabajo, el doctor Thompson pidió consejos literarios a Miranda. Declarándose deseoso de discutir “diversos puntos” con el general, antes de escribir la dedicatoria o el prefacio. Pedía a su mentor que examinara el texto de modo de comprender claramente su propósito, “que no consiste tanto -ni en modo directo alguno- en hacer la historia del Arte Militar, como la de Batallas y Estratagemas de guerra, etc. Soy altamente sensible a las felicitaciones que he recibido del Ud., y a otras Ventajas en la realización de mi Propósito. Me alegraría poder agradecer esto, pública o privadamente, y testimoniar en todas las formas posibles la Gratitude, la Estima y el Afecto con que tengo el Honor de ser, querido Señor, su agradecido y Obediente servidor”.

En la primera edición de su tratado titulado *Military Memoirs, relating to Campaigns, Battles, and Stratagems of War, Antient and Modern*, el doctor Thompson mencionó con reconocimiento a las “autoridades privadas de la cuales obtuvo no poco de su información” y cuyos nombres “habrían acreditado su libro, de haber estado en libertad de mencionarlos”. El 12 de noviembre de 1805, Thompson escribió a Miranda una carta de la cual extractamos lo siguiente:

“Cuando le hablé de reconocer públicamente lo agradecido que le estoy por haberme dirigido y apuntado mi *Colección de Memorias Militares*, gentilmente me disuadió Ud. Sin embargo, tenía muchas ganas de hacerlo. Pero, en la duda, vacilé. En una segunda Edición, con Mejoras introducidas por el capitán James Glenie, a quien habrá conocido Ud. en la casa del general Melville -he incluido su nombre en una advertencia previa-. He conversado mucho al respecto con el Teniente Coronel Herbert Taylor, a quien estoy muy agradecido por muchos conceptos, y cuyo nombre también figura allí. Me aprobó y aconsejó que destacara el Nombre de Ud. Le enviaré un ejemplar de esta nueva Edición, en la primera oportunidad. Todos los días me propongo escribirle. Tengo que disculparme por no haberlo informado. Pero, realmente, me pareció mejor no hacerlo”.

En dicha segunda edición, el doctor Thompson declaraba haber sido ayudado por varias personas, pero que su “gran guía y ayudante fue el general Miranda, hombre de sabiduría, genio, talento militar, experiencia y reputación”. Thompson no vaciló en decir de “este distinguido forastero” lo que antes se había dicho de Escipión el Africano, o sea que “nadie empleó con más elegancia sus horas de ocio. Siempre está dedicado a perfeccionar las artes, sea de la guerra o de la paz. Enteramente adicto a las armas o los libros, nunca descuidó el ejercicio de su cuerpo, en el peligro, o de su mente, en la aplicación al estudio”. En una carta posterior a su crítico, el autor agradecido decía: “Las *Military Memoirs* han sido bien recibidas -alabadas por la gente de la *Edinburgh Review* que condena la mayoría de las cosas. Esto se lo debo al General que orientó mi Atención y me dio una Visión General de las Vicisitudes y el progreso del Arte de la Guerra”.

La vida privada de Miranda es revelada también por ciertas medidas que tomó acerca de cómo había de disponerse de sus bienes. El 1º de agosto de 1805, escribió a sus amigos Chauveau Lagarde y Clérisseau, para recomendarles que, en caso de fallecer él, enviaran sus papeles y otras pertenencias de París a Turnbull y Vansittart. Daba instrucciones a los franceses para que, en tal caso, entregasen cien luises de oro a su fiel criada Francaise Pelicier. Además, les informaba que había cancelado sus disposiciones testamentarias anteriores. Ese mismo día, declarando que estaba a punto de embarcarse para América con el

objeto de realizar los planes que había acariciado durante gran parte de su vida. Miranda redactó un testamento que contenía algunas cláusulas curiosas.

En ese documento nombraba albaceas a Turnbull y Vansittart y dejaba una lista de sus bienes. Este inventario incluía todas sus pertenencias de la casa de Grafton Street, más los bronce, mosaicos y cuadros que había confiado a sus amigos de París. Describía su archivo privado, que contenía documentos acerca de sus antepasados y sus viajes, su correspondencia con generales y ministros franceses, y sus papeles relativos a sus negociaciones con el gobierno inglés, concernientes a la liberación sudamericana. El testamento mencionaba diez mil luises de oro, como deuda de Francia al testador en razón de sus servicios militares. Disponía que, en caso de fallecimiento, sus manuscritos debían enviarse a la ciudad de Caracas, con tal de que Venezuela hubiese conquistado su independencia o abierto puertos francos a las demás naciones.

Juan David Garcia Bacca (1901-1992): Los clásicos griegos de Miranda:

Sería contraproducente exageración afirmar que Miranda leyó con parecido detenimiento todas las obras de clásicos griegos que compró. Las señales gráficas de su paso son muchas más de las indicadas en esta obra, pero no llegan a amojonar ni todas las obras ni todas las páginas de ellas. Por algunas, tal vez ni pasaran materialmente sus ojos. Por otras, desearíamos algunos -filósofos, por ejemplo- que hubiera dejado Miranda más huellas gráficas de su paso. Las dejó leves, más significativas en Platón; pero ninguna en Aristóteles, -en la magnífica edición parisiense de 1629 que adquirió y legó a nuestra Universidad.

Leer el diálogo Critias de Platón, y no subrayar el pasaje referente a la Atlántida pareciera descortesía imperdonable en un nativo de América. Miranda cumple con tal deber (pág. 1.100, vol. II de *Divi Platonis Opera omnia*, Marsilio Ficini interprete, Francofurti, 1602, 2 vol. en folio, griego y latín).

Pero Miranda dio mayor importancia a otros puntos. La edición citada aparte de méritos fácilmente visibles, ofrecía por vez primera la versión latina del gran humanista italiano Marsilio Ficino (1433-1499), y en su página 12 (vol. I) una selección de textos de Cicerón, verídicos testimonios del aprecio del orador romano por el filósofo, casi casi próximo antepasado, tan próximo y tan pariente que pudo llamarlo Cicerón *Deus ille noster Plato*, sin que ni una de esas palabras, -ni la de dios, ni la de nuestro- desentonara, como lo hiciera en nuestros días, ni resultara metáfora o figura retórica, de dudoso gusto y evidente falsedad.

Miranda se siente al unísono con Cicerón; y subraya, de los 11 textos ciceronianos, cuatro:

“De todos los escritores, es Platón, con mucho príncipe”.

“¿Quién más exuberante en palabra que Platón?”.

“Júpiter: que así -dicen los filósofos- hablara Júpiter si hablara en griego”.

“Platón no sólo por la palabra fue maestro; lo fue además por ánimo y virtud”.

“Si en los libros que alabas echas de menos a Escévola no lo pasé por alto temerariamente: hice lo mismo que en su Πολιτεια hizo aquel dios nuestro Platón”.

Sigue en dicha página el testimonio de San Agustín sobre Platón (*De civitate Dei*, 8, cap. 41. Miranda lo leyó, y puso su señal máxima (XX), cual indicio de su paso, e índice de su concordancia. No podía Agustín dar a Cicerón el apelativo de Deus ni el de noster; le dio los superlativos, compatibles con la condición humana y no cristiana, de Platón: “*excellentissima gloria claruit...*”, “*ingenio mirabili*”.

La afición al griego no sólo le venía a Miranda de sus tiempos de estudiante universitario caraqueño. Le persiguió bajo la capa de bibliófilo durante sus largos años de peregrinación.

En Madrid (1780) compra *Lexicon graecum, Grammaire grecque*; *Escrively, Lexic. grec.; Gram. curse grecque*; *Vosii, Institutiones linguae graecae* (1650); *Suidae, Lexicon graecum et latinum*; *Suidae, Lexicon graecum. Aldus* (1514); *Scapulae, Lexicon graecum, Elzevir* (1652).

(Véase Los libros de Miranda, Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, 1967).

En el catálogo de las dos subastas (1828; 1833) de Londres (o. c.) constan las obras: *Morsley, On greek and Latin Prosody* (1798); *Huntingsford, Greek exercises*, 1793; *Frabricii Bibliotheca graeca*, 1h vol. Hamb. 1708; *Hederici Lexicon graecum*, 1790; *Hesychii Lexicon graecum*, 1746; *Apolonii Lexicon homericum*, 1773; *Walkers Key to classical pronuntiation*, 1798; *Wellerii grammatica graeca*, 1791; *Suidae, Lexicon graecum, Aldus*, 1514; *Schrevelii Lexicon*, 1779; *Selecta graecorum exempla*, 1781.

Ya por aquellos tiempos los libreros habían advertido la costumbre de Miranda de subrayar o señalar en la obra misma pasajes para él notables, o expresar en página inicial su juicio sobre la obra o predilección por ciertas sentencias.

Miranda compró varias obras en ediciones famosas; y en algunas de ellas pudo admirar la letra autógrafa de expositores y anotadores como Paulus

Manutius y Petrus de la Marche. Lo hace notar Evans en su catálogo para la subasta, como un mérito y un aliciente para los compradores entendidos. Y según ese mismo criterio advierte Evans que Miranda escribió de su puño y letra el juicio “muy buen libro”, en *Tratado De Re militari*, hecho a manera de diálogo entre los ilustrísimos señores Fernández de Córdoba y Duque de Nájera, Bruss. 1590; y que en la obra *Pintura, Don Felipe de Guevara, Comentarios a la Pintura*, se puede leer “a note of Gen. Miranda highly commending this Work”. (Madrid, 1788). Y en la edición de Las Casas, *Découverte des Indes orientales* hay “a few Ms. notes by General Miranda”.

Dada esa costumbre de Miranda, bien y copiosamente ejercitada y confirmada tanto en las obras de clásicos griegos, -de que da testimonio visual esta obra-. Como en varias obras de las subastas en Londres, podemos sacar la consecuencia, -no muy consoladora para lectores de profesión filosófica inevitable, y de vocación filosófica incurable- que las obras de Filosofía, incluidas en las listas de las subastas: *Aristóteles, Logique (Port Royal), Wolff, Newton, Hume, Locke, Helvetius, Diderot, Condillac, Descartes, Bacon, Galileo, Boyle, Brucker, Paley, Smith, Reid...* no debían tener ni textos subrayados ni señales de parada mental de Miranda.

Nos queda a los inevitablemente ya profesores de Filosofía y a los incurablemente filósofos de vocación el consuelo de que, sin preocuparse de nosotros, dejó Miranda escrito en su Diario (1788): “Ningún Pueblo sin Filosofía y gran instrucción puede preservar su libertad”. (Archivos, vol. IV, pág. 11).

No haríamos violencia alguna a estas palabras de Miranda si las tomásemos, todos: hombres públicos y privados, cual consejo, y, en particular, profesores y estudiantes, -universitarios o no-, como precepto. Y si esas categorías, resabiadas de moral, nos suenan a poco o demasiado, tomemos cual ejemplo, no dado de intento por Miranda, la lectura de clásicos, griegos o latinos, tal como él la practicó, seguros de poder confesar como él:

“Me he quedado en casa leyendo con gusto y provecho. Oh, libros de mi vida, qué recursos inagotables para alivio de la vida humana” (Archivos, III, 278).

Terminaremos así por ver a Miranda como él mismo se vio en el espejo de Longino, el filósofo neoplatónico: biblioteca viviente de clásicos griegos, y dejará de parecer exageración patriótica y americanista el juicio de Uslar Pietri sobre Miranda: “el hombre más culto y más universal de la América Latina de su tiempo”, “el criollo más culto de su tiempo” (Los libros de Miranda, páginas XII, XV).

Mariano Picón Salas (1901-1965): Miranda:

El tema Miranda para un drama psicológico y político, drama de eterna vigencia porque inciden en él, como en muchas tragedias colectivas de nuestro tiempo, lo individual y lo social, el irracionalismo y la lógica, la cultura y el instinto, siempre me fascinó como proyecto literario. Quise llevar, especialmente, a una tragedia de tipo moderno, el agitado último año y medio de la vida de Miranda en Venezuela, entre diciembre de 1810 y julio de 1812, días de extraordinario "pathos" social cuando el gran conspirador -ya anciano de tanto conspirar y proyectar para América: en las cortes europeas, en los grandes círculos de estadistas financieros y políticos donde se programaba la vida mundial- sufre la confrontación de su tierra; baja del país de Utopía a un áspero y limitado rincón concreto. Se iba a decidir la independencia de la América del Sur, pero a través de grandes pasiones y antagonismos. Las ideas elaboradas por los conspiradores saldrían a la calle a cambiar de traje, a metamorfosearse y desviarse, de acuerdo con las más contradictorias circunstancias. Y Miranda estará como un inmenso Rey Lear, solitario entre la violencia de un mundo y una idea que, aunque animados por él, estallan de incalculable materia explosiva. Para los conservadores, Miranda aparecía como un peligroso jacobino; para las nuevas generaciones con impetuoso deseo de hacer, el viejo revolucionario se habrá tornado anacrónico. Era un poco el drama del hombre de alta cultura y pulida sensibilidad, perdido en los azares de una política sumamente terrestre cuya complejidad irracional no se ajusta con los cálculos y previsiones lógicas. La tormentosa guerra que comenzaba en Venezuela se extenderá, entre 1810 y 1825, por toda la América del Sur, requería un gran jinete en lo desconocido, en lo ciego e imponderable, que no pudo ser el cultísimo don Francisco de Miranda. Es un admirable Fausto que se preparó largamente en la meditación y el hábil ordenamiento de sus planes; que deslumbraba y avasallaba, pero a quien en el momento decisivo se le escapó Margarita. Y un poco el misterio de la acción política, donde cada idea rompe su cauce y forma los más caprichosos meandros, se me aclaraba en esta tragedia del Precursor de la Independencia de América.

Pero, para lograrlo como drama, tenía que iniciarme en la intimidad del personaje. Miranda es, a veces, hombre de variadas máscaras cuyo curso se nos pierde como el de aquellos ríos que hacen subterráneamente parte de su trayecto; y es entonces cuando este criollo de la ciudad de Caracas se llama, por ejemplo, Meiroff, monsieur Martín José de Amindra. Todos estos seudónimos y cambios de nombre en el pasaporte y en la correspondencia revelan algo de su complejidad anímica. Dijérase que para situarse mejor ante el espectáculo del mundo necesita una nueva personalidad. De precaución contra la policía monárquica o la policía de Fouché, esto a veces se vuelve simple gusto: ejercicio o aventura de personaje cosmopolita. Aunque también los psicólogos pu-

dieran interpretar tales cambios onomásticos, como sublimación de un complejo de quien -por lo mismo que se paseaba con tanta soltura por todas las latitudes- era ya extranjero en todas partes; hasta en su propia patria. ¡Cómo le hubiera gustado a su contemporáneo Stendhal conocer un personaje tan stendhaliano! En ciertos aspectos de su filosofía de la vida, de su gusto por la errancia y el espectáculo humano, el gran novelista francés y el héroe criollo hubieran coincidido, aunque por sobre el maravilloso cálculo despuntaba, a veces, en Miranda un elemento quijotesco español, extraño, tal vez, al análisis mordaz e implacable del autor de Rojo y Negro. Durante dos años he vivido entre los papeles y testimonios de Miranda, no sólo leyéndolos sino pensándolos e interpretándolos. Así me resultó -casi a pesar mío- este estudio biográfico que no tiene la pretensión de emular con las grandes obras documentales que se han escrito sobre tan preclaro personaje, como las de Robertson y Parra Pérez, pero que sí creo expresa mi peculiar punto de vista sobre el estupendo "acaso". Un hombre como Miranda será siempre tema de inexhausta meditación. No importa que Parra Pérez haya estudiado, notablemente, su papel en la Revolución Francesa y su actividad de dictador y jefe de armas en Venezuela. No importa que Robertson haya reunido en ingente volumen casi todo lo que se sabe sobre su vida. El tipo que encarna Miranda, su misterio psicológico y su enigma político, motivarán siempre renovados análisis. Es personaje contemporáneo en cuanto su choque con el mundo y la sociedad revive en cada generación; se manifiesta en cada época revolucionaria. Agotado casi ya su proceso documental, comienza su proceso psicológico. Y, en tal sentido, este gran criollo del valle de Caracas sugiere tanto y constituye tan seria problemática como la que plantean en interrogación humana y filosofía del personal destino los grandes héroes de la literatura -don Quijote, Fausto, don Juan.

El peligro de una biografía de Miranda es su exceso de detalles y de variados ambientes. Se corre el riesgo de que lo descriptivo ahogue lo dramático. La visión puramente pintoresca del personaje, sus grandes éxitos sociales, el fulgurante aparecimiento de un criollo audaz e imaginativo en las cortes europeas del Rococó; sus dilatadas y escogidas, amistades, su don de metamorfosis y el dominio y soltura con que se pasea por todo el universo culto de su tiempo, han fascinado a muchos suramericanos que vieron en él, sobre todo, el brillo y la escenografía, deteniéndose poco en los móviles y la vida interior. Con vanidad decorativa satisfizo más ese Miranda en traje de fiesta, que cautivaba a la vez, a las princesas y a los filósofos, que el otro que traía, bajo el brillo cortesano y la azul casaca, un destino de fe e incansable obstinación.

Por eso en este trabajo me he permitido -buscando lo significativo- omitir lo profuso episódico. El menudo detalle de los viajes de Miranda por Europa, a pesar de su invitación al "pintoresquismo" y al lugar común de la biografía novelada, me atrajo menos que aquel momento en que el hombre -como en la

prisión de La Force, en ciertas tardes de Londres, después de visitar el Foreign Office, o en el Caribe, mirando ya las costas de Venezuela- cavila e interroga a su propia esfinge. El hombre Miranda lo coloqué y destaqué por sobre las cosas que lo rodeaban, aunque éstas estuvieran tan cargadas de arte e historia como los palacios italianos, las metopas y relieves griegos del Museo Británico, el alegre pabellón de Dresden donde la arquitectura es femenino encaje, y el agua, los árboles, el jardín parece acompañar siempre una pastoral mozartiana. Lo que creo desdeñable en algunas biografías noveladas que ahora se escriben, es esa falsa subordinación del hombre al ambiente; ese relleno de historia y color local con que se escamotea el auténtico drama. He convivido con Miranda durante largas horas; revisé muchos de los papeles enigmáticos que se conservan en su archivo, y, más que salir, cada día, con mi fardo de datos, traté de incorporarlos a mi experiencia interior, cotejarlos con lo que ya sabía de otros conspiradores y otros políticos. Quise conocer y entender, también a sus amigos -William S. Smith, Alexander Hamilton, John Turnbull, el licenciado Sanz, Tomás Molini- y de todo ello, del debate del grande hombre consigo mismo y con los demás, surgió este retrato, esta tentativa de interpretación. Aunque no hubiera muerto en triste cautiverio, pagando en sacrificio su amor por América y por la Libertad, Miranda sería siempre uno de los hispanoamericanos más significativos. Fue nada menos que el primer criollo que venciendo el aislamiento colonial se paseó con gran decisión y señorío por la historia del mundo. Sirve de insustituible comisionado e intérprete de todo nuestro continente hispanoindio en aquel henchido momento en que, con la independencia de los Estados Unidos, la Revolución Francesa, la crisis del imperio español y la aventura napoleónica, cambiaba con tremendo impulso dinámico, el rumbo de la vida universal. Por eso, como hombre-síntesis en quien se acumulan toda la energía y todos los sueños de su tiempo, el personaje ofrece su palpitante fascinación problemática a los psicólogos, los artistas, los historiadores.

Mariano Picón-Salas.

Caracas, Venezuela: 1945.

Alfonso Rumazo González (1903): Francisco de Miranda:

Darle a Francisco de Miranda el título de Precursor, es disminuir, amputar el todo coherente de su vida y su obra. No precedió, como Juan el Bautista, la llegada de Jesús; no anticipó, no anunció solamente, sino que promovió y organizó la revolución americana como originalidad suya, como creación auténtica suya, y hasta tomó parte en ella, una vez desatada la guerra como generalísimo de las tropas venezolanas. Incitó, incendió todo un continente; enrumbó la llamarada y, cuando estuvo alta y múltiple, la atizó con la tea de su

mano, entrando así en el sacrificio que el magno empeño exigía. De la palabra, de las estructuras, pasó a la acción de dar batallas. Cayó prisionero de guerra, y murió en la cárcel del enemigo. El largo proceso de la independencia comienza con él, se desarrolla con muchos y termina con Bolívar y Sucre.

Arturo Uslar Pietri (1906): Los libros de Miranda:

(Ver pág. 7 de este mismo Boletín)

Pedro Grases (1909): Francisco de Miranda:

La Biblioteca de Francisco de Miranda

Puede hoy reconstruirse el contenido último de la biblioteca de Francisco de Miranda, con bastante seguridad y exactitud. Las fuentes de información son los Catálogos de las subastas llevadas a cabo en Londres, en 1828 y en 1833, y la relación de los libros que el Precursor legó por testamento a la Universidad Central de Venezuela, cuya minuciosa enumeración, autenticada por Andrés Bello, localicé hace algunos años en documento conservado en el Archivo de José Manuel Restrepo, de Bogotá. El conjunto de la biblioteca forma realmente una unidad impresionante, por la calidad y cantidad de las obras que fue acopiando -a lo largo de sus viajes y a pesar de ellos-, la voluntad de Miranda. Cerca de seis mil volúmenes logró reunir en su residencia de Grafton Street los cuales habrán sido testigos de las reuniones preparatorias de la Emancipación, y más de una vez habrán resuelto alguna duda de los huéspedes de tan ilustre anfitrión. Y para completar el servicio de la respetable biblioteca, en 1810 fueron alimento de los diplomáticos de la Junta de Caracas: Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello. Particularmente este último encontró en tan rico fondo perspectivas insospechadas en el camino de su formación cultural iniciada en las últimas décadas de la colonia en Caracas, pues residió un tiempo en la casa de Miranda.

Todo ello constituye un haz de títulos extraordinarios que acrecientan el valor intrínseco de la colección de los libros de Miranda, quien falleció en 1816, en Cádiz muy lejos de su biblioteca, que iba a tener una historia singular.

En las dos disposiciones testamentarias dadas en Londres por el Precursor, la primera, de fecha 1º de agosto de 1805, en vísperas de embarcarse para América, y la segunda, poco antes de su segundo viaje, el 2 de octubre de 1810, manifiesta su voluntad sobre sus bienes para después de su muerte, en atención a "los graves riesgos y peligros" que en ambos casos era "indispensable

superar". Las dos declaraciones son prácticamente idénticas, salvo en la designación de albacea, ya que en la primera prescribe que lo fuesen sus respetables amigos John Turnbull (y por su falta Peter Turnbull, su hijo) y el Muy Honorable Nicolás Vansittart. En la segunda disposición, menciona únicamente a Vansittart.

Enumera detalladamente cuál es su mandato respecto a la colección de pinturas, bronce, mosaicos, "gouaches" y estampas, que tenía en París, así como en relación a los papeles, manuscritos y libros que guardaba en la casa N° 27, de Grafton Street, en Londres. La biblioteca era estimada en unos 6.000 volúmenes en los testamentos. Por su número y su valía se convierten en un claro exponente de la calidad intelectual de su poseedor.

Reza el documento:

"Todos los papeles y manuscritos que llevo mencionados se enviarán a la ciudad de Caracas (en caso de que el país se haga independiente, o que un comercio franco abra las puertas de las Provincias a las demás naciones, pues de otro modo sería lo mismo que enviarlos a Madrid), a poder de mis deudos, o del Cabildo y Ayuntamiento, para que colocados en los Archivos de la ciudad testifiquen a mi Patria el amor sincero de un fiel ciudadano, y los esfuerzos constantes que tengo practicados por el bien público de mis amados compatriotas".

Exceptúa expresamente de esta disposición general los libros clásicos griegos, que ordena sean enviados a la Universidad de Caracas "en señal de agradecimiento y respeto por los sabios principios de literatura y de moral cristiana con que administraron mi juventud, con cuyos sólidos fundamentos he podido superar felizmente los graves peligros y dificultades de los presentes tiempos".

Al fallecimiento de Miranda en La Carraca, en 1816, la Biblioteca permanecía en Grafton Street. En el Archivo de Miranda figuran documentos que atestiguan amenazas de embargo de los libros, por las deudas contraídas por el Precursor en sus empresas de liberación de América.

Guillermo Meneses (1911-1978): Hoy en casa, leyendo. Revisión de lecturas de Francisco de Miranda.

El importante escritor venezolano selecciona nueve clásicos griegos estudiados por el prócer: 1/ Demostenes, 2/ Esquines, 3/ Diogenes Laercio, 4/ Epicteto, 5/ Polieno, 6/ Polibio, 7/ Estabon, 8/ Tucídides, 9/ Homero. Meneses señala, igualmente, doce autores favoritos del héroe: 1/ Cervantes, 2/ Rousseau,

3/ Alain-Rene Lesage, 4/ Johan Joachim Winckelmann, 5/ Choiseul-Gouffier, 6/ Virgilio, 7/ Salomon Geisner, 8/ Guillermo Tomás Francisco Raynal, 9/ Montesquieu, 10/ Jean Jacques Barthelemy, 12/ Laurence Sterne.

Algunos de los conceptos de Meneses:

Al leer las páginas del Diario es evidente la diferencia que existe entre las anotaciones del mozo y las que, unos cuantos años más tarde, señalan las peripecias de su viaje por los Estados Unidos. Lo que va de la primera juventud al comienzo de la madurez.

La lista de los libros dejados en Madrid a cargo de José Pineda puede darnos cierta noticia relacionada con estos cambios. Fuera de los de matemáticas, fortificaciones y técnicas militares, encontramos ya abundancia de obras relacionadas con el dominio de los idiomas -francés, inglés, italiano, a más del latín- tiene un Biblia, las obras de Virgilio, las de Molière, el Quijote, Telémaco; están en su biblioteca grandes libros de divulgación literaria y artística y también la Imitación de Cristo, un *Traité de Peinture* de Monsieur Bardon, la Historia de México de Bernal Díaz, las Cartas Españolas de Solís, los Comentarios de César. Aparecen ya Rauseau, d'Alembert, Diderot. Están también esas obras de d'Argens "cartas judías, cartas chinas", "cartas cabalísticas", "memorias secretas" y ciertos licenciosos libros traviosos y recetarios para males de amor. Aparece el señor Raynal. Muchas veces habrá de encontrarse este nombre en la biblioteca y en los apuntes de Miranda.

Los fragmentos de lecturas de Miranda que hemos escogido para formar este libro, no tienen, en ningún caso siquiera cercana posibilidad de presentar un conjunto de las obras y los autores a los que Miranda tuvo por especialmente valiosos. Bastaría echar un vistazo a las listas de los libros que Miranda formó en la oportunidad de sus desplazamientos. Miranda leyó con voracidad ilimitada. Folletos, gacetas, manuscritos, libros, son apasionadamente revisados. Miranda desea información sobre seres, cosas y problemas y para estar informado, recurre a todas las fuentes posibles. En este volumen están ausentes muchos de estos escritos informativos de inmediato interés. En lo que a los libros mismos se refiere, no figuran algunos a los cuales se acercó con ánimo, dijéramos, de estudioso. Juristas como Filangieri y Beccaria pertenecieron a su mundo intelectual. Igualmente, leyó con singular interés "Los comentarios de la guerra de las Galias", de César. Muchos, muchos otros. Su biblioteca fue siempre amplísima. Hemos preferido retener las lecturas a las cuales Miranda dio calor emocional, las que dieron a su vida tono de peculiar sentimiento. Los libros consultados son, en primer término el "Diario" del Precursor, evidentemente, también aquellos cuyos fragmentos han sido seleccionados. Además han sido vistos "Miranda et la Revolution Francaise" de Parra Pérez y las biografías de Miranda hechas por Nucete Sardi y Picón Salas.

Final sin final

Deja Jorge Luis Borges en **La moneda de hierro**: “Nadie puede sobreponerse a su destino (...). El porvenir es tan inexorable como el rígido ayer”. En el destino de Miranda se juntan varios destinos con el mismo final. El destino de los intelectuales diluido en lábil alcarraza dulcamara con siempre con final.

Ellos nunca hallaron asidero en el pueblo veraz que nunca existe, porque, cuando no es una metáfora constituye una abstracción o una creación de la esperanza. Una de las grandes mentiras de este tiempo es la Sociología cuando hace la ocurrencia singular de hacer sociólogos sin que científicamente pueda justificarse. Tal vez porque la Sociología depende de seres imperfectos como lo son los hombres que no fueron creados a imagen y semejanza de Dios.

Los intelectuales no encuentran asidero en el pueblo real porque ellos no son pueblo. Recuerden el diálogo de Goethe con Eckermann:

“Mis obras no pueden llegar a ser populares; el que piensa en eso y se esfuerza en lograrlo, está equivocado”. Y tal vez sea así, por cuanto, como comenta en otra ocasión “del pueblo propiamente dicho nos viene muy poca cultura”. Es que -otra vez y última vez Goethe- “toda productividad de género elevado, toda ilusión, todo pensamiento grande que produce frutos y tiene consecuencias, escapa al dominio del hombre, está por encima de cualquier poder terrenal. El hombre tiene que recibirlo como un inesperado regalo de arriba, como obra de Dios, que él recibe y venera con agradecimiento gozoso”.

El destino de los héroes de la Independencia venezolana y de la Independencia hispanoamericana ha sido siempre igual. ¿Cómo murió Bolívar? Los que tienen conciencia mueren con una ilusión desecha entre los labios.

Hasta el destino mismo de nuestras naciones oscila entre dos destinos. Uno circunstancial que las hace vivir tropezando entre tiempos de dictadura y democracia y siempre viviendo diversos tiempos al mismo tiempo. Tiempo de la computadora y del desposeído que seca su ropa al aire libre dependiendo de las concesiones del sol. Un tiempo en que la patria originaria puede ser Venezuela y la patria adoptiva Chile. O al revés, como ha sucedido a lo largo de nuestra historia. He allí la dolorosa ejemplificación de la teoría ondulatoria de nuestra cultura de que hablaba Augusto Salazar Bondy quien fue de los providenciales de Pedro Henriquez Ureña y temprano mismo, ganándole esa jugada a la muerte, señaló lo homogéneo de nuestra existencia de pueblo continental:

“Sin desconocer la existencia de posibles diferencias nacionales (...) puede hablarse de nuestra América como una unidad y por tanto también del pensamiento de los países que forman parte de ella como entidad singular, como una unidad en lo esencial”. El eminente filósofo peruano costosamente ido antes

de tiempo repara en “la similitud de evolución”, en “el hecho notable de que un mismo esquema de desarrollo histórico y una misma constelación de rasgos convienen en lo fundamental a la actividad desplegada durante tan largo lapso por los hombres de pensamiento de una pluralidad de países muchas veces considerablemente alejados física y socialmente unos de otros. Hispanoamérica, en filosofía, como en otros aspectos de la cultura, mantiene -y refuerza en lugar de debilitar- su unidad como fenómeno histórico”.

Obsérvese lo homogéneo del pensamiento hispanoamericano. El peruano Augusto Salazar Bondy escribe en 1968. Dos años antes que él, sin que tuvieran noticia uno del otro, el pensador venezolano Augusto Mijares, el 14 de julio de 1966, al conmemorar la muerte de Miranda, reflexiona en la misma línea ideológica:

Hoy, 14 de julio de 1966, conmemoramos la muerte del Precursor Francisco de Miranda. Pero ni lamentos ni recriminaciones han de ocupar nuestras mentes. Nos lo veda el propio héroe a quien queremos glorificar, porque aquel tesonero combatiente siempre repugnó todo lo que pudiera parecer débil o vulgar, y sin duda su espíritu sobrevuela todavía el continente americano, para exigirnos, como fue su propia norma, que desdeñemos los infortunios transitorios inherentes a toda vida humana y no tomemos de la suya sino lo que en ella él hizo inmortal: el anhelo de hacer de su América un hogar seguro y próspero, un hogar para toda la humanidad, para la libertad, el decoro y la justicia.

El problema radica en el destino final que se planifica y espera en el gabinete intelectual de los teóricos; pero que resulta tan distinto a la realidad dinámica, convulsa, compleja que nos rodea e infiere.

Estoy por creer, no obstante, en la solución optimista, en la solución ideal, en la solución providencial.

El pueblo venezolano, cristiano a su modo, mal católico pero buen creyente, en los momentos íngrims de su desolación reiterativa, se aferra a una frase: -Dios proveerá. Yo intercedo afirmando que no advierte hasta cuándo le durará la provisión a Dios.

Tratándose de Francisco de Miranda uno sueña en el día que la sabiduría que acumuló y que se evidencia en 63 tomos de archivo y correspondencia fustigado por la Inquisición española, no siga siendo privilegio de especialistas. Que la Prisión Miranda abra sus puertas para facilitarle sus saberes a quien los necesite.

Y esto de la Prisión Miranda junta una ambigüedad. Porque todavía sus saberes están aprisionados por estudiosos e historiadores -la sempiterna minoría culta- Miranda sigue preso en La Carraca.

Ahora ya no depende de la aristocracia del talento sino de la sobrecogedora presencia de la realidad.

Quienes lo admiramos y amamos no hallamos manera de liberarnos de ese retrato del cautivo que plasmó el insigne pintor venezolano Arturo Michelena.

El artista lo imagina y describe en su calabozo, con severo realismo adusto, tal como debió estar. Viste casaca, pantalón ajustado y calza zapatillas con hebilla dorada. La pierna izquierda está tirada sobre el camastro de barato colchón, la derecha en el piso. La barbilla descansa en la mano derecha. El rostro es reflexivo y enigmático. Un taburete con libros. La cadena, infamante, pende de la pared. Para sus monjes carceleros, en el mismo cuartel que comandó en 1796, Miranda, quien tiene fama vieja de masón y librepensador, no sólo es un hereje sino un preso común, dos veces preso.

Ese histórico cuadro, gloria del arte venezolano, que se conserva en la Galería de Arte Nacional, hizo la inspiración de nuestro reconocido poeta finisecular Tomás Ignacio Potentini:

Miranda en La Carraca

Hay en ese lienzo drama
de rasgos tan sorprendentes
que se ven dos continentes
enlazados a su fama.
Honra universal proclama,
y si su numen comparte
y entre las musas reparte,
en el genio de revuela
hace reina a Venezuela
de las regiones del Arte.

¡Si parece que está vivo!
Que el pincel vertió con gloria
toda la hiel de su historia
en el rostro pensativo.
Vive allí el noble cautivo
con trágica eternidad,
tanto, que mueve en verdad
a pedirle a Michelena
que rompa la vil cadena
y lo ponga en libertad.